

MISERICORDIA SIN REBAJAS

Dn 3,25. 34-43

Sal 24, 4bc-4ab. 6-7bc. 89 “Señor, recuerda tu misericordia”

Mt 18,21-35

En el autismo del orgullo doloroso

Cuando alguien te hace algo, cuando te dueles en las ofensas o los palos, cuando especialmente alguien cercano a quien quieres te daña, cuando ni te lo esperabas, ni te lo mereces, entras en un estado vital extraño. Descubres como primer síntoma que tu paz ya ha volado, a la vez que te sobrevuelan nubarrones capaces de amargar tu existencia. Tus peores temores parecen hacerse realidad, tu corazón es un volcán a presión que sabes a punto de estallar... y tú no sólo no quieres contenerlo, sino que quizás tampoco te sabes capaz de ello.

Cuando te sientes ofendido, con tu orgullo dolido, tu dignidad por los suelos, humillado, derribado o traicionado; cuando te enerva lo que te hicieron, y te llena de ira sólo pensar en quien lo hizo; cuando lo matarías o al menos le darías dos tortas bien dadas; cuando descubres que no lo puedes ni ver, que cerca no lo quieres tener, cuando sabes que ya no le deseas nada bueno...y te sientes mal por sentirlo, pero prefieres la adrenalina de la ira a la idiotez del perdón, entonces ya eres esclavo de tu corazón.

En esos momentos tu mirada se focaliza sólo en ti, tus sentimientos oprimen tu corazón, los pensamientos negativos y obsesivos embotan tu mente, tus emociones te ocupan por dentro, los afectos se desordenan y ya sólo te quieres a ti mismo. Dudas del amor de los otros e incluso dudas de la existencia del amor. ¿Quién hay que merezca la pena ser amado, aparte de ti, claro? Cuando esto te ocurre, seas consciente o no, tú ya has vuelto a la postura fetal, como si fueras un proyecto de vida a punto de nacer o a punto de abortar.

Y es que las ofensas tienen eso, nos devuelven al más primario estado de nuestra existencia, nos hacen pensar en nosotros mismos como si nada más existiese o tuviese importancia. Es lo nuestro, nuestro dolor, lo único que importa, lo único que tiene peso, lo único que cuenta. Todo lo demás es relativo y todos los demás prescindibles. El dolor siempre tiene el nefasto poder de hacernos creer que estamos solos, que nadie nos entiende, que nadie puede hacer nada por nosotros, que nada, ni nadie nos puede consolar. Estamos solos en la cruz. La ofensa tiene el satánico poder de

encerrarnos en nosotros, en no tener ojos más que para nosotros, en hacernos creer que lo que nos pasa es lo peor, quizás porque el dolor del mundo ya no nos llega, no lo vemos, no somos capaces de sentirlo ante la ebullición de nuestro mundo interior. Y lo nuestro se convierte en lo más, en lo peor. No somos capaces de relativizar, ni de contextualizar, ni de alejar, ni de prescindir de los sentimientos. Lo que nos pasa es lo más, está amplificado por nuestro orgullo, lo hueco de nuestra mente amplifica la resonancia de nuestro dolor. Es lo peor.

Se derriba nuestro mundo interior. Empezamos a dudar de lo que hacíamos, de nuestra anterior forma de vivir, de servir, de amar. Ya no tenemos ganas de ver a nadie, de implicarnos, de ofrecernos. Sólo queremos escondernos, escaparnos, que nos dejen en paz. Todo lo que hicimos ya no cuenta, no sirvió para nada. Lo que quisimos ya no lo queremos, lo que le hicimos ya no pesa, lo que conseguimos juntos, lo que lloramos y reímos y luchamos... ya no trae cuenta.

Y si dejamos perdurar esta experiencia en el tiempo sin curarla, si no nos atrevemos a tratar estas heridas y las dejamos enconar en nuestra alma, podemos provocar una enfermedad vital mayor. Del personaje concreto que te hizo algo, pasarás al personaje colectivo que te minará la confianza en el hombre, la capacidad de hacernos vulnerables, de implicarnos en proyectos sociales, de la sencilla y cotidiana complicidad con quienes nos rodean. Nos iremos aislando, nos iremos encerrando, nos iremos muriendo de inanición social, afectiva, vital.

La vida entonces mengua, se queda sin argumentos, sin caja de resonancia para tus sentimientos. Los pensamientos se empobrecen y vuelven obsesivos, los sentimientos pierden su caja de resonancia, el motor positivo de sus afectos, la meta oblativa de a quien se entregan. En este estado la inteligencia racional no consigue verse, la emocional no puede desliarte, la espiritual no consigue conectar. La lucidez mengua y entras en un trastorno tal que la neurosis y la depresión se alternan tu dominio.

Tu vida se vuelve pesada, encadenada a una bola insufrible, casi imposible de llevar. Un solo dolor pesa más que todo el amor del corazón. Una sólo herida sangra más que toda la savia bebida años atrás. Cuando te dabas y morías, cuando amabas y te desprendías, cuando escuchabas y te cargabas con las cruces y las angustias de tus hermanos, la vida era más liviana. No sabes cómo, pero entonces te parecía soñar, te parecía volar. Tus pasos eran ligeros, tu amor sincero, tu camino recto, con pendientes y cuestas, pero sin atajos, siempre con la meta en el horizonte, como sabiendo por dónde. Ahora todo es distinto. Todo es al revés. Cuanta

menos gente hay en tu corazón, más grande es tu dolor. Cuanto menos ilusión, proyectos, tiempos, gestos salen de ti, más pesa tu dolor, más trabajo te cuesta caminar, más incapaz te ves de andar. Tu vida se ha encadenado. No vives, porque esto no es vida. Sólo la arrastras. Sólo te arrastras.

Quizás la primera salida previsualizada y deseada sea vivir para ti, no sufrir más. Pero es tanto el dolor y el hastío que casi te da todo igual. Te sientes en un estado límbico, donde ni el amor propio te mueve. No hay nada que te motive. No hay nadie que te llene, seduzca o atraiga como persona. Sólo ves defectos e inconvenientes en todos. No hay nada en ti que te movilice. Todo parece menguar. Todo parece aletargar tu deseo de luchar y de vivir.

Lo dicho... está uno inmerso en un mar de dolor, en un mal de desamor, en un profundo abismo de egoísmo. ¿Quién me sacará de él?, ¿quién me rescatará?, ¿quién será mi libertador? ¿A quién le daré la llave de acceso a mi vida para que pueda hacerme vivir de pie, mirando a los hombres cara a cara, sin dolor? ¿Quién me hará girar la mirada de mi ego a mi hermano, vuelto a sentir como hermano? No seré yo, eso lo tengo claro. Y en ese momento ni siquiera seré yo quien le de ni la lleve, ni la mano. Alguien que me quiera tendrá que tomarse la atribución de arrastrarse por mis fondos, para sacarme de ellos, aunque sea por los pelos. Tendrá que tocar mis heridas, aunque me duelan, para curarlas; provocar y a la vez acoger el grito desgarrado de dolor que me saque de mí y me haga soltarme de él para siempre. Ya sé quien será. Sólo puede ser mi Dios.

Sólo puede acceder quien ya estaba dentro, quien habita mi interior, quien era antes que yo. Sólo Él, si ya estaba, si no lo largué, amordacé o maté en uno de mis arrebatos o rebeldías. Y sólo será si mantuve viva la fe y me acostumbé a contemplarlo muriendo en mi cruz por mi pecado.

Es una forma de hablar, ya sé que a Dios no hay forma de matarlo, ni de echarlo. Sólo se pueden hacer oídos sordos a la oferta de una nueva existencia basada en su estilo de vida y amor. Él siempre estará intentando que abramos los oídos y el corazón a la vida y paz en plenitud que sólo él nos puede dar, pero depende de nosotros el que lo escuchemos y nos abramos a su gracia. El problema es que si nos pasa lo que antes os traté de describir en todo su acritud, y no teníamos viva la conciencia de su presencia en nuestro interior... entonces probablemente ya será tarde para que Él nos salve de tanto dolor y sinrazón. No por su parte, sino porque en

el autismo del orgullo doloroso, habremos tirado la llave que le hubiera permitido ser nuestro redentor.

Pero si bien Él ya estaba dentro, y no como una idea, ni como un misterio; no como una simple moral o exigencia de comportamiento, sino como nuestro dueño y Señor, nuestra vida y amor, nuestro tesoro y heredad, nuestro suelo, nuestro aire, nuestra meta, suspiro, aliento, nuestra más hermosa verdad... Sólo si Él está vivo; muy vivo y dentro, muy dentro, se hará realidad que habrá una mano amiga y sanadora que nos pueda salvar.

Santa Teresa diría que son las “hablas” las únicas que nos hablan cuando estamos sumidos en la oscuridad de nuestro yo. Son los ecos de su voz los únicos capaces de alcanzarnos. Son pequeños atisbos de imágenes redentoras las que se vislumbran tenuemente en la retina de nuestra alma y nos conectan con la experiencia sabida y olvidada de la paz en el amor, de la paz en el perdón, de la paz incluso en el dolor. Te empieza a martillar la experiencia de la esperanza. Quizás tú no lo veas todavía, ni lo sientas aún, ni lo comprendas o quieras asimilar, pero tu necesidad de vivir va dejándose coger y se abraza a quien te abraza en un sentimiento mayor que el dolor, y mejor. Una llama de amor viva que te quema y purifica, que te criba y sana. Sin entender, sin confiar siquiera sabes que hay algo que te arrastra, que te saca. Y respiras. Empiezas a respirar sin dolor.

“Hablas”, “hablas”, “hablas”... Palabras de la Palabra. Ecos de su voz. Sonidos acrisolados de vida y muerte, de vidas a través de la muerte. Imágenes entreveradas, intuitas, evocadoras de un Icono sanador. Algo te llama y te habla de una vida mayor, y mejor. Más allá del dolor. En el perdón, por amor. Y sin saber, y sin confiar aún te dejas llevar. Empieza tu salvación.

“Hablas”, “hablas”, “hablas”...

“No temas, yo estoy contigo”.

“No temas, oruguita de Yahveh”.

“No temas... mi amor”

... oyes en el fondo del corazón.

“No temas... atrévete a perdonar”

“... hasta setenta veces siete”.

“No temas... merece la pena morir por amor”.

“No temas... perdona a tu hermano”

“... es tu hermano”.

“No temas... te lo dice tu Dios que te quiere”

“... déjate sanar”

“... déjate curar”

“Hablas”, “hablas”, “hablas”...

“¿No te acuerdas cuando yo te perdoné?”

“¿No tendrías que hacer tú lo mismo?”

“¿No te das cuenta que así no se puede vivir?”

*“¿No te sabes envenenado por el dolor,
mutilado por el rencor?”*

“¿No te das cuenta que no merece la pena odiar?”

“... déjate salvar”.

“Hablas”, “hablas”, “hablas”...

“Siente mi paz en la cruz”

“Mira cuánto te perdoné”

“Mira que fácil fue”

“Sólo es cuestión de amor, de recordar el amor”

“De recordar cuánto te amo, cuánto lo amas”

“Lo ves, todo está bien”

“Algo nuevo está brotando, y mejor”.

“Bienaventurados los mansos, los limpios de corazón”

“Los que buscan la paz y la reconciliación”

“Hablas”, “hablas”, “hablas”...

“A quien mucho se le perdonó, mucho amaré”.

“Perdona nuestra ofensas, igual que nosotros perdonamos”.

“No nos trates como merecen nuestros pecados”

“Ten misericordia de mí, Señor”.

“Recuerda que tu misericordia y tu ternura son eternas”

“Enséñame a perdonar de corazón a mi hermano”

“Hablas”. Son las “hablas” las que nos conectan con el perdón. Las que nos reinsertan de nuevo en la vida, la que nos devuelven a la realidad, más amplia que el dolor de la ofensa sufrida, que el rencor, la ira o el odio enconados. Luego volveremos a ver algunos textos, imágenes y parábolas que nos martillean y sanan. Bendito sea Dios por ellos. Ahora vamos a ver la experiencia contraria a la del ofendido. Vamos a vernos ahora en el lugar del pecador.

Deshechos de vergüenza

Cuando somos nosotros los que le hemos hecho algo a alguien, cuando nos dolemos en las ofensas o los palos de ciego que sabemos

hemos dado y si es especialmente cercano aquel al que hicimos daño, sin que se lo esperara, sin que se lo mereciera, entonces descubres afligido que tu paz también ha volado, ha saltado por los aires a la vez que una profunda vergüenza y malestar se apoderan de tu existencia. Quieres olvidarlo y no puedes. Quieres pasar página y no eres capaz. Quieres mirar para otro lado y no sabes cómo. El recuerdo de lo sucedido se te vuelve obsesivo y te machaca.

Si en algún espacio y en alguna ocasión coincides con esa otra persona, no sabes dónde meterte. El suelo te falta bajo tus pies, atisbas el hondón de tu vida, lo bajo que llegaste a caer. No te sirven ni siquiera las palabras de consuelo con las que quizás el otro te ofrezca su perdón. Tu esposa, tu hijo, tu amigo, tu hermano... se te vuelven a regalar, pero tú sabes del daño infligido gratuitamente, del sufrimiento innecesario que has causado. Lo sabes, porque también tú saboreaste lo salobre de las lágrimas. No puedes olvidar la amargura del corazón. Tienes aún grabada la sensación de la hiel en la garganta, la opresión en tu interior, la aspereza de tu propia respiración. No eres tú, o al menos no eres el de antes. No eres capaz de perdonarte y por tanto no acoges realmente su perdón. Estás cerrado a la misericordia. Necesitado de ella, pero incapaz de dejarte alcanzar.

Podríamos seguir describiendo la experiencia de morder el polvo, de caer hasta el fondo, de sentir que la vergüenza es una experiencia aún mayor que el dolor, más amarga que la ofensa, más honda que el mal de desamor. La culpabilidad y el remordimiento son experiencias que van más allá de los sentimientos más o menos lúcidos, más o menos patológicos. Por lo que hiciste, por lo que les hiciste, por lo que has sido capaz de hacer, por lo que no fuiste capaz de ver, de mover, de cumplir, por lo que quisiste hacer bien, pero salió mal, muy mal... Por tus buenas intenciones de nefastas consecuencias, por todo y por nada a la vez. Por lo que sea. Algo se rompió, algo dolió y ahora se ha creado una distancia difícil de saltar entre tú y yo, entre tú y el otro, entre todos. Podríamos seguir describiendo la experiencia de morder el polvo, pero... ¿para qué? Nos basta saber que estamos deshechos de vergüenza.

Lo que nos interesa, una vez llegado a este estado, es ¿quién nos sacará de él? ¿Quién nos volverá a rehacer? ¿Quién nos salvará? ¿Será el mismo de siempre? ¿El que siempre está por ti? Seguramente no habrá otro que pueda hacerlo y quizás tampoco ningún otro lo consiga. No nos consuelan y aún menos nos curan los bien intencionados pero nefastos consejos entrañables de quienes nos quieren. No nos sirven las miradas maliciosas que nos invitan a ver que el otro se lo merece, que el otro

también nos hizo daño en algún momento pasado, que el otro tampoco es un santo. No nos resulta eficaz aquello de “no pasa nada”, “no es para tanto”, “olvídate”. “Venga hombre, tú vales mucho”, “un fallo lo tiene cualquiera” nos suelen decir. Pero uno en esos momentos se siente el más miserable.

Quizás sólo sea Dios, quien viene a ti en puro amor pero con la verdad, el único que sea capaz de hacerte levantar. No sin antes hacerte ver tu realidad, tu más íntima verdad: eres pobre, pequeño y miserable. Por vivir para ti, siempre satisfecho y ensimismado en tu ego, siempre buscándote a cualquier precio, incluido el pasar o el pisar a los demás, eres miserable y dañino a la vez. Si no fueras tan dañino sería sólo patético de ver a una persona tan grande y que lo tiene todo, arruinar su vida y a la gente que quiere por estar siempre subido el pedestal de su yo. Tu corazón henchido en ti es incapaz de sentir con los otros, de profesar amor sincero por los demás, de escuchar, entender, conectar, empatizar... con quien incluso tienes enfrente y quieres querer bien.

Lo tuyo no es maldad, es incapacidad. Tienes a Dios dentro y también un buen corazón, pero no siempre es Dios quien te brota, no son sus cosas las que te salen, no es lo suyo lo que te domina. Sabes bien que algo te pasa pues son ya demasiadas las veces en que dejas de hacer lo que quieres y debes, para acabar haciendo lo que tú mismo aborreces. Es como jugar con dos barajas, como servir a dos señores, como ponerle velas a Dios y al diablo a la vez. Quieres vivir para Dios, pero sin morir a ti, quieres la paz de Dios, pero sin renunciar a tus batallas, quieres una vida que merezca la pena, pero sin pagar los precios tasados. Y es que hay precios a pagar, hay que amarrarse para no sucumbir a nuestros instintos, a lo peor de nosotros mismos, hay que recogerse para encontrarse, hay que soltarse para volar.

Sólo si te sabes débil, pobre, ciego y desnudo, Dios te podrá vestir, curar, salvar. Si tu experiencia es como la de los miembros de la comunidad de Laodicea entonces más te vale postrarte ante Dios con humildad y escuchar lo que tiene que decirte:

“Escribe el ángel de la iglesia de Laodicea:

Esto dice el Amén, el testigo fidedigno y veraz, el que está en el origen de las cosas creadas por Dios:

-Conozco tus obras y no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero eres sólo tibio; ni caliente ni frío. Por eso voy a vomitarte de mi boca. Además, andas diciendo que eres rico, que tienes muchas riquezas y nada te falta. ¡Infeliz de ti! ¿No sabes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo? Si quieres hacerte rico, te

aconsejo que me compres oro acrisolado en el fuego, vestidos blancos con que cubrir la vergüenza de tu desnudez y colirio para que unjas tus ojos y puedas ver.

Yo reprendo y castigo a los que amo. Anímate, pues, y cambia de conducta. Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor lo sentaré en mi trono, junto a mí, lo mismo que yo también he vencido y estoy sentado junto a mi Padre, en su mismo trono.

El que tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

Con la mirada buscona de misericordia

Cuando uno muere el polvo, y al caer no sale corriendo tratando de disimular lo grotesco, doloroso y vergonzoso de su caída, sino que se queda y duele en el suelo maldiciendo su suerte, pero visualizando sus heridas, está más preparado para vivir con humildad su realidad. Lo normal es disimular, esconder, olvidar o tratar de hacer ver que nada ha pasado. Pero no es verdad. El guarrazo ha sido grande. La caída ha sido real.

Si ante la experiencia del dolor siempre nos parece estar solos, como si todo el mundo se hubiera quitada de en medio; ante la experiencia de la vergüenza sí que nos gustaría que todo el mundo desapareciera, que nadie nos viera, que al menos nadie se dé cuenta de lo grotesco de nuestros actos. Quisiéramos estar solos, pero qué curioso, es al contrario. Tenemos la sensación que todo el mundo nos estaba mirando. Es como si fuéramos el centro del universo y todos ahora estuvieran sonriendo o escandalizados.

Aunque no sea lo más natural. Lo mejor en estos casos es quedarse quieto, en el suelo, sintiendo las consecuencias de tus golpes, gritando tu dolor. Nos hemos caído, sí. Y no nos sirve el “no pasa nada”. No. Sí que pasa. Nos duele y además también sentimos el dolor de aquel que sufrió nuestros envites. Estamos en el suelo, porque nos lo merecemos. Nuestro lugar no es lo alto del pedestal, no es la cima, ni la atalaya. Nuestro lugar es el barro. Quizás no para darnos de bruces con él, pero sí para que sea nuestro suelo.

Desde aquí es el único lugar donde nos podemos abrir a la misericordia y por ende a la salvación. Igual que se necesita sed para beber, se necesita humildad para abrirnos a la gracia. Quien está satisfecho nunca encontrará ni beberá de la fuente que mana vida plena. Quien no anda en humildad, en la humildad de saberse “humus”, tierra,

barro, polvo, nunca encontrará ni se dejará encontrar por la mano que lo levantará y que le permitirá, siendo de la tierra, nacer de lo alto y volar.

Esta experiencia es la experiencia fundante y redundante del pueblo de Israel, del “resto de Yahveh”. Después de las infidelidades, desvaríos y traiciones del pueblo de Dios, después de sufrir divisiones, guerras, pestes y destierros, sólo algunos reconocieron su responsabilidad en el desastre y se abrieron a Dios clamando misericordia. Y digo bien, sólo algunos. Unos pocos. Los menos. Dios se tuvo que conformar con este “resto” para reemprender la historia de salvación. Seguramente a Dios le hubiera gustado salvar a todo el pueblo, pero fueron muy pocos los que clamaron con verdadera humildad aquello del profeta Azarías:

Bendito seas, Señor,
Dios de nuestros antepasados,
tu nombre merece ser alabado
y glorificado por siempre.
Has hecho lo que debías,
has actuado con lealtad,
tu proceder es recto
y tus sentencias justas.
Has actuado con justicia
al castigarnos a nosotros y a Jerusalén, (...)
Porque hemos pecado,
hemos hecho mal;
hemos cometido toda clase de crímenes
y nos hemos alejado de ti.
No hemos escuchado tus palabras
ni hemos observado tus mandamientos,
no hemos hecho lo que tú mandabas
para que fuéramos felices. (...)
Pero nos hemos quedado sin palabras,
porque la vergüenza y el oprobio
abruman a tus siervos y a tus fieles.
Por tu nombre, te lo pedimos:
no nos abandones para siempre,
no rompas tu alianza,
no nos retires tu amor. (...)
A causa de nuestros pecados, Señor,
somos hoy el más insignificante
de todos los pueblos
y estamos humillados en toda la tierra.
No tenemos príncipes,
ni jefes, ni profetas,
estamos sin holocaustos, sin sacrificios,
sin poder hacerte ofrendas
ni quemar incienso en tu honor;
no tenemos un lugar donde ofrecerte las primicias

y poder así alcanzar tu favor.
Pero tenemos un corazón
contrito y humillado;
acéptalo como si fuera
un holocausto de carneros y toros,
de millares de corderos cebados.
Que este sea hoy
nuestro sacrificio ante ti,
y que te sirvamos fielmente,
pues no quedarán defraudados
quienes confían en ti.
Ahora queremos seguirte
con todo el corazón,
queremos serte fieles y buscar tu rostro.
No nos defraudes, Señor,
trátanos conforme a tu ternura,
según la grandeza de tu amor.
Sálvanos con tu fuerza prodigiosa
y muestra la gloria de tu nombre. (Dan 3, 26-43)

De miserable a misericordioso

“Sí. Venimos ante ti con un corazón contrito y humillado. No tenemos otra realidad que ofrecerte. Venimos a ti así, destrozados. Desde lo que somos te buscamos, porque te necesitamos. Tampoco esto nos da ya más vergüenza reconocerlo. Ahora venimos a ti porque te necesitamos. En otros momentos no te buscamos. Cuando todo parecía ir bien te dimos la espalda, te alejamos de nosotros e incluso en el fondo te rechazamos. Pero ahora no nos queda otra que venir a ti. No nos queda otro a quien recurrir”.

No sólo no tenemos otra realidad que presentarle, sino que este vernos miserables es lo que le ofrecemos. Ya se nos han bajado los humos. Hemos tomado conciencia de la inutilidad de nuestra suficiencia, de la ineficacia de nuestra soberbia, de lo nefasto que supuso vivir sin Dios. Como el hijo menor de la parábola sólo nos queda volver al Padre, a su hogar, a su regazo. Allí no nos merecemos ni ser llamados, ni volver a ser tratados como hijos, pero siempre nos queda el rumor del sabor del amor del Padre que siendo bueno, nos tratará bien.

No queremos escondernos más. No queremos prolongar por más tiempo el sufrimiento de este sinvivir. No queremos ponernos más la careta que sólo nos engaña a nosotros mismos. No queremos seguir dando pasos hacia delante. No nos queremos equivocar más. No queremos hacer más daño y tampoco arruinar más nuestra vida. Ahora reculamos. Echamos la

vista atrás, al amor primero y le ofrecemos lo que somos, con gran dolor y vergüenza. Nos presentamos así: desvalidos y humillados.

Como supervivientes de un naufragio, venimos con los restos de lo que somos, con lo poco que hemos podido salvar del desastre. No llegamos al puerto de destino, pero ahora sabemos que quizás nuestro destino era no salir de puerto. Ahora le tocará a Dios reconstruir lo que somos, volver a crearnos de nuevo sabiendo que nosotros ya podemos aportar poco. Dios tenía para nosotros un proyecto de vida que ahora parece fallido. El despojo indica que su proyecto ha abortado, pero... ¿Quién sabe? A lo mejor esto entraba en sus planes y necesitaba de descabalgarnos de nuestro egocentrismo para poder moldearnos.

Sea como fuere aquí estamos. No en un punto sin retorno, sino todo lo contrario: en la vuelta al Padre, en el cálido hogar donde brota la fuente de la vida, el manantial de amor y misericordia, los caminos que nos llevan a aprender a perdonar de corazón al hermano.

Epilogo

*No se me puede olvidar lo que tú, con esto, has hecho.
¡¡Con esto, Señor, con esto!!
¡¡Lo tuyo es grande!!
Eres genial y te lo agradezco.*

*¿Qué sería yo sin ti?
Bueno, ya lo sabes: un desastre, una piltrafa,
caricatura de hombre, monigote a los vientos.
Si hoy sirvo para algo, es siempre en tus manos.
Si hoy la gente me busca, es por lo que llevo dentro,
porque tú me usas como quieres,
te derramas sin medida
en los que vienen a beber
del manantial de Vida
que desbordando mi alma
huele y sabe a cielo.
Soy un fantasma que traspasa muros
y alma atravesada por buscadores sinceros.
No sé si eres tú el que bajas
o ellos los que te alcanzan,
(yo por medio)
pero nada es mío, todo es tuyo,
... ¡perfecto!*

*Eres fuego que me abrasa
y frío que me hiela en la noche de desierto;
liberación del que te abraza
aunque la cruz se agranda
y es el tuyo, ya, mi tormento;
fuente de vida que arrastras los cienos,
yo náufrago salvado por los pelos.
Tu gracia es todo y sólo lo que tengo
mi tesoro, mi vestido, mi sustento.
Tú, tu palabra, tu soplo, tu ejemplo.
Transformados quedaron los barro
que parecen rocas los cimientos.
De mis lágrimas sacaste consejo,
lecciones que volveré a olvidar
pero que para otros aprendo.*

*¿Que sería ahora yo sin ti?
Cómo volver a estar desnudo, harapiento
sentirme desvalido, abandonado
a la intemperie en el invierno.
Cómo volver a mendigar pan,
cuando de cariño estoy hambriento.
Vagar sin sentido
dejar correr los tiempos,
día sobre día, mirando hacia atrás
añorando otros momentos.
Me has ganado para siempre
pero sólo porque me encontraste herido
humillado, abatido.
Me curaste de mi sed de vida
que perdida no sabía
ni salir a tu encuentro.
Bebí de tu cáliz
el agua, tu sangre...
me volvió el aliento.
Comí pan del cielo
y aunque ahora muriera
ya nada temo.*

*¿Cómo olvidarme de esto?
No. No puedo olvidar tu amor.
Ni quiero.*

Ángel Chacón